

DISCURSOS PRONUNCIADOS EN EL SEPELIO DEL PROF.
ABRAHAM SALGAR

EN NOMBRE DE LA ACADEMIA NACIONAL DE MEDICINA

Prof. Jorge Bejarano.

“Señoras, señores:

Si no fuera porque la medicina es ciencia que nos da la clave del destino y de la muerte; si ella no nos habituara a la cotidiana contemplación de este final natural del hombre y de los seres; si ella y nosotros no estuviésemos todos los días enfrentados el uno al otro para vencerla o ser vencidos, podríamos decir que en el curso de estos tres meses, el meridiano del infortunio y del dolor pasa ahora por el cielo de Colombia.

En una clara mañana de Diciembre, se apaga en la lejana ciudad de Rochester, ha ya tres meses, la preciosa existencia de un admirado profesor y amigo inolvidable. Los compañeros y camaradas del profesor Juan N. Corpas, no podemos resignarnos a su ausencia; no podemos admitir que su brillante inteligencia ya no presida las fiestas espirituales de academias y de cátedras.

Y no repuestos aún de tan grande dolor y de tan hondo descalabro, la medicina nacional sufre otro rudo golpe con la desaparición de otro insigne varón que honró a la medicina y que fue espejo de maestros y de amigos. El profesor Abraham Salgar, cuya figura, hace algunos años, era una viva estampa arrancada a la vieja facultad de París, en cuyos anfiteatros oyó y siguió a los más brillantes maestros de la medicina francesa, fue para nosotros sus colegas, el tipo perfecto del profesional que entiende su profesión como un verdadero culto en el que ofician la más desvelada abnegación y la más irreprochable moral. Por estos sus amigos lo teníamos como símbolo y por esto consideramos que las nuevas generaciones médicas deben venir ante la tumba de este maestro que reunió en grado máximo estas altas virtudes del espíritu médico.

No tuve la fortuna de contarme ni entre sus contemporáneos ni entre los muchos alumnos que escucharon sus lecciones. De aquellos he sabido que el profesor Salgar, fue acaso uno de los más destacados estudiantes que pasaron por los claustros de Santa Inés y

por las salas de San Juan de Dios. Su brillante inteligencia, lo llevó a hacer parte de los cuadros que formó uno de nuestros más grandes profesores. Juan Evangelista Manrique, no llamaba a su lado, no aceptaba en su ambiente sino lo que estuviera a la altura de su inteligencia y de su don magnífico de médico y de apóstol. Abraham Salgar fue de los escogidos y al lado del profesor Manrique, adquirió sus primeros arrestos de cirujano experto y denodado. Años más tarde, nos refería en el seno de la Sociedad de Biología, donde yo lo ví veinticuatro horas antes de caer fulminado por la dolencia que lo entrega a la tierra, que él había abandonado la cirugía ante la seducción irresistible de la clínica interna, de esta ciencia apasionadora, de la que él fue tan alto exponente y tan afortunado intérprete.

De éstos, es decir, de sus discípulos, que lo fueron en gran número, unánime es el concepto de que el profesor Salgar unía a sus dotes magníficas de clínico consumado, una fácil palabra doblada de la más sorprendente erudición. La cátedra de clínica terapéutica fue la tribuna desde la cual enseñó a sus discípulos la verdad de este eterno axioma que él pareció comprender en toda su excelsitud: "La medicina científica es la resultante de la unión íntima entre la Fisiología y la Clínica; el criterio por excelencia de un sistema médico es la Terapéutica".

Si pues la clínica es tener presente "el complicado mecanismo de la existencia animal; llevar permanentemente trazada con línea de luz en el cerebro la carta fisiológica del hombre y poder confrontarla con un corazón que se fatiga, en el brevísimo instante que transcurre entre una y otra palpitación; ante el débil detalle de una pupila que no se contrae o ante el sonido especial del dedo que percute y busca la cifra enigmática que ilumine un misterio patológico", ella digo, sería ciencia mala o incompleta si la mente del médico, ya encontrada la vía que lo condujo por aquel oscuro laberinto, "no hallara la redentora fórmula que restablece el equilibrio y que restaura las minadas fuerzas".

En el profesor Salgar se conjuran la virtud clínica y la virtud terapéutica. A la grandeza y precisión del diagnóstico, que él formulaba con los datos profundos de la fisiología, se sumaba la riqueza terapéutica que si en todas las veces no alcanzaba la victoria, al menos daba la esperanza. La esperanza, tenue o esplendorosa luz, que arde siempre en las pupilas del hombre, aún ya moribundo. Por ella, tócanos a los médicos, "representar, en el perenne drama de los dolores humanos, el papel del Destino en la tragedia griega".

Muchos fueron los títulos que alcanzó el profesor Salgar desde que su juventud fue consagrada en marzo de 1902 al sacerdocio de la medicina. Pero ninguno tiene para mí el alto alcance de lo huma-

no y de lo piadoso, como el de haber sido médico de la Sociedad de San Vicente de Paúl, en cuyo ejercicio llegó a sentir como ninguno otro, la elación y el goce de aquel sublime santo que fue el precursor de la Medicina Social. "Hay títulos grandes, dijo en ocasión memorable el maestro Valencia, en cuyo seguimiento corren desalados los hombres; insignias frágiles hay que ellos se arrebatan ceñidos y violentos; hay laureles que gotean sangre humana, enloquecedora y bravía; huid palabras! ¡pasad insignias! ¡atrás laureles! Sólo existe para mí un título grande: el de consolador de los que lloran; una insignia gloriosa: la que signifique su precio; un lauro codiciable: el que se conquiste aliviándolos". Escritas fueron estas memorables palabras para hacer un día la exégesis del gran Manrique. Años después yo les rememoro para aplicarlas con justicia y precisión al gran discípulo del ilustre colombiano que un día se durmió dulcemente arrullado por música marina allá en la lejana San Sebastián de España.

Virtud elogiada por los hombres, es la modestia. Yo encuentro que si ella es un dón que nos consagre al cariño de humildes y de grandes, en cambio suele también a veces, disimular, ocultar los grandes valores humanos. Tal ocurría en el caso del profesor Salgar, cuya ingénita modestia, hizo esfuerzos por ocultar su robusta personalidad. Sin embargo, no lo logró y por esto lo vemos llegar a posiciones que él no buscó sino que vinieron a él en razón de sus méritos intrínsecos. Así lo sorprendieron los títulos de profesor de la Facultad de Medicina en diferentes cátedras; el de miembro de la Sociedad de Cirugía y el de miembro de la Academia de Medicina, en la cual llegó a la presidencia en julio del año pasado. Todavía recuerdo el emocionado discurso que pronunció en la posesión y en todo él se reflejaba el sincero estupor que le había producido el honor que justicieramente le había discernido la Academia a uno de sus más ilustres representantes.

La muerte lo sorprendió en pleno vigor y cuando todavía sus discípulos tenían tanto que aprender de su noble vida y de su ciencia.

La Academia de Medicina en cuyo nombre hablo, ha querido asociarse a este duelo nacional que me ha pedido hacer el elogio de su insigne presidente, de este perpetuo enamorado de la medicina y de la clínica. Mis palabras, al fin palabras, son tributo efímero. Pero no lo es el dolor de quienes venimos hasta aquí para decir adiós al más ilustre varón, ni menos puede serlo el eco perdurable de su sabiduría la transmitida a sus discípulos y el dón munífico de haber sido un excelso ciudadano".

(Tomado de "El Siglo". Marzo 30 de 1945.

EN NOMBRE DE LA FACULTAD DE MEDICINA

Doctor *Roberto Serpa*.

Señoras, señores:

La eterna catarata del tiempo va llevando en sus turbiones a los hombres y a las cosas; vamos todos hacia el sereno remanso de lo eterno.

Ya llegaste tú, sabido profesor, y en nombre de la Facultad de Medicina, a la que diste brillo con tu ciencia, ejemplo con tu constancia en el estudio y bienestar con tu bondad, vengo a darte el supremo adiós!

Señores. Digno de nuestro cariño y de nuestra gratitud es este gran señor de la ciencia que, graduado médico en nuestra Facultad en el año de 1902, consagró su vida por completo a servir a la humanidad y para conseguirlo no tuvo ni reposo ni descanso: fue a Francia y se doctoró en París; pasó a Italia y en Roma recibió varios diplomas, estudió en Londres y en los Estados Unidos y, vuelto a Bogotá, hizo de nuevo toda la carrera de medicina como compañero y amigo de su hijo.

Fruto de esta constancia y del prodigioso talento de que disponía, fue su vasta ilustración.

Profesor de Clínica terapéutica, dominaba por igual todas las ramas de la medicina, conocía todos los secretos de las especialidades. Cuando formaba parte de un consejo de examinadores, parecía que fuera él el profesor de la materia.

Ante un caso clínico se abría su memoria como un libro y allí encontraba los síntomas, los signos, las reacciones: todas las vagas señales que daban a su talento sutil la clave precisa para el diagnóstico certero y para la terapéutica eficaz y salvadora.

Quizá la Facultad de Medicina no haya tenido nunca un profesor tan paternal y bueno: mientras más lejano de su sabiduría se hallaba un estudiante, mientras más ajeno a las disciplinas del estudio era el examinado, mayor era su compasión y más amplia su indulgencia: él sabía de las angustias de un examen, de las turbaciones que sufre un emotivo, del dolor de un aplazamiento, de la desesperación de un reprobado y, por eso, compasivo y bueno, intercedía por todos.

Saturado de ciencia, ante un enfermo, no era solamente su cerebro el que con fórmula magistral curaba la dolencia; era la suavidad, era el cariño, era la bondad de su corazón, era algo mágico y

sobrenatural que fluía de su ser y daba aliento al desvalido, confianza al irremediablemente perdido, esperanza al que ya veía muy cerca a la eterna segadora y que hacía renovar las fuentes de la vida!

Doctor Salgar: la vida no tuvo para ti más encanto que el estudio ni más atractivo que hacer el bien. Ni el ruido de las fiestas mundanas, ni el oropel de los honores, ni las muelles comodidades de la riqueza, movieron tu voluntad ni aceleraron el ritmo de tu corazón.

Por eso, sobre la piedra blanca de tu fosa no han de ostentarse los títulos que mereciste ni tus glorias y tus triunfos! Que sólo la cruz, recuerdo del Bueno y del Santo, abra sus brazos acogedores y misericordiosos, para que, bajo su sombra duermas en paz eternamente!

(Tomado de "El Tiempo", abril 1º de 1945).

EN NOMBRE DE LA SOCIEDAD DE CIRUGIA

Doctor *Calixto Torres Umaña*.

Señores:

Los despojos mortales que hoy venimos a acompañar a este lugar, que marca el horizonte entre la vida y el insombrable abismo de la muerte, a este sitio donde la madre tierra recibe en su seno la materia para que siga las trasformaciones que la vida detiene, fueron animados por el espíritu de un médico cuyo principal interés vital, fue la ciencia, y fue el estudio su más dilecta ocupación.

Hombre ilustrado y modesto, hechura de su propia iniciativa y de su propio esfuerzo, que mostró sus ventajas intelectuales desde los claustros de la Facultad de Medicina, donde recibió su grado de doctor en el año de 1902, para salir a ejercer la profesión, la mayor parte del tiempo, en la capital de la República, donde fue adquiriendo un alto prestigio profesional, que lo puso en capacidad de hacer más tarde un viaje a Europa, donde enriqueció su arsenal científico en las clínicas de los maestros de París, de Londres, de Roma y de Nueva York.

Con este nuevo bagaje de conocimientos volvió a la Patria donde la Facultad de Medicina y el Ministro de Educación Nacional, resolvieron aprovechar su vasta cultura científica para nombrarlo Profesor de Clínica Semiológica y más tarde para encargarlo de la fundación del curso de Clínica Terapéutica.

Demostró en estas Cátedras la amplitud de sus conocimientos

y su admirable sentido clínico, como que conocía el camino que siguen los desequilibrios orgánicos y sabía la manera como obran los medicamentos, para tratar de volverlos al carril fisiológico.

Unía al natural criterio clínico una vasta ilustración, que una robusta memoria mantenía firme en su cerebro y hacía flotar fluída por sus labios, para complacencia de sus discípulos, adornando sus exposiciones con citas históricas de los hombres que habían contribuido al esclarecimiento de los procesos y la solución de los tratamientos.

Mas no solo en la cátedra se escuchaban con interés sus disertaciones; también en la Sociedad de Cirugía —entidad en cuyo nombre vengo a darle la eterna despedida— cuyo sillón queda y quedará siempre vacío mientras ocupe un puesto su recuerdo, como disertaba también en la Academia de Medicina, sobre cualquier tema demostrando una amplia posesión del problema.

Y sintió en sus propias carnes el flagelo del morbo, cuyo proceso conocía a fondo y al experimentar las torturas de la dolencia que no obedecía a la Terapéutica, debió sentir su espíritu inundado por el placer inefable de poder pedir a su hijo, hijo de su carne y de su espíritu, un alivio a sus dolencias. Qué importaba que no se le pudiera dar materialmente, si el solo hecho de pedirlo y de vislumbrar el anhelo infinito de procurarlo ya realizaba el milagro? Y así se fue durmiendo para siempre, en la calma infinita del eterno dormir.

* * *

La principal demostración del alto valor científico del Profesor Abraham Salgar, fue su inmensa modestia que lo llevaba a tratar casi con respeto a todas las personas con quienes tenía que platicar, cualquiera que fuera la posición que ocupara. Y cuando la Academia Nacional de Medicina lo eligió su Presidente, se excusó de aceptar el cargo, porque no se consideró competente para desempeñarlo; y fue necesario que sus amigos le instaran reiteradamente, para convencerlo de que debía retirar su renuncia.

Mas a pesar de su modesta acendrada, fue Profesor tres veces en nuestra Facultad de Medicina; fue miembro de número de la Academia Nacional de Medicina, que lo eligió su Presidente, cargo en el cual —quién hubiera podido decirlo viéndolo tan lleno de vida— alcanzó apenas a iniciarse, y fue miembro activo, y luego miembro honorario de la Sociedad de Cirugía.

Tal es, a grandes rasgos resumida la personalidad del hombre ilustre y atractivo, que hoy nos abandona para siempre. Desapare-

ce de entre nosotros su figura, pero su voz sigue resonando en los oídos de sus discípulos y su recuerdo, perdurará grato y puro en el seño de las colectividades científicas a que perteneció y en el corazón de sus amigos y colegas.

EN NOMBRE DEL CONSEJO DIRECTIVO DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL

En nombre del Consejo Directivo de la Universidad Nacional tócame llevar la voz en este momento luctuoso y solemne y por demás infusto no sólo para la Universidad colombiana que tuvo en el ilustre desaparecido profesor Abraham Salgar uno de sus más recios guiones, sino para la Patria misma.

El cuotidiano suceso de la muerte trasmonta en este caso las nociones de tiempo y espacio, y el suceso está detrás y está delante de nosotros. Está detrás, por las excelsitudes vitales que él rememora y actualiza, y está delante, porque todos tenemos que aprender de esa existencia que fue abnegada y pura. No otra cosa nos está diciendo el hecho de estar aquí congregados ante estos despojos mortales tres generaciones patrias que fueron testigos de las generosidades que alentaron en el corazón del amigo, y de los quilates mentales que brillaron en el cerebro del profesional y maestro.

No tratamos aquí, a manera de panegírico u homilia, de hacer el recuento de las virtudes cívicas y privadas que orlaron el espíritu del doctor Abraham Salgar. Dentro del cuadro de severa modestia que fue su vida entera, tienen estas virtudes su natural elación. Pero el investigador sin desmayos, el educador sin egoísmo, el profesional sin tacha, son hechos que por su exaltación en la vida que nos ocupa, asumen caracteres de valores sociales y que a todos nos pertenecen. Y este acto, que nos pone de presente la vida de un varón preclaro, nos está diciendo que no todo termina en la muerte; este acto que nos congrega reverentes, al proyectar en nosotros los recuerdos de aquella vida austera y ejemplar, es ante todo una cita con nosotros mismos.

Como facultativo aunaba el Profesor Salgar las dos facetas que son la esencia de esta palabra: fue el investigador sin desmayos y el profesional diligente y generoso. Por eso su cátedra, que fue ejemplo de eficiencia, se proyectaba en su vida toda, que fue paradigma de estímulos.

Para él la vida fue un noble ejercicio al servicio de la ciencia y un acto de fe en la inteligencia creadora. Por eso ante el "no"

luctuoso de la muerte se yergue el “sí” rotundo de estas óptimas virtudes.

No diría él como el pagano desde los linderos de la muerte: “la comedia ha terminado”. Otra voz se oiría de sus labios: “El deber no ha terminado”. Porque la vida no es sombrío artificio, sino proyección de más hondas fulguraciones.

Toca a nosotros, a sus amigos y discípulos, a los que fuimos testigos de sus abnegados empeños, tomar la antorcha insomne que hoy dejan sus manos. “El deber no ha terminado”.

Darío Ramírez Hoyos